LA COLORACIÓN AFECTIVA DEL «LAZARILLO» DE JUAN DE LUNA A TRAVÉS DE LOS DIMINUTIVOS

En la *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes* de Juan de Luna (1) es evidente la gran abundancia de diminutivos. No se trata, como pudiera creerse a primera vista, de que Luna utilice estos diminutivos con significación de empequeñecimiento, es decir, con referencia a objetos pequeños como clase. Luna los usa con consciente primor despectivo, como diminutivos de dominante emocional, en el sentido de hostilidad, odio o desprecio hacia el individuo u objeto que describe.

De los cuatro tipos de diminutivos que se hallan en la *Segunda parte,* los más abundantes son los representados en el sufijo *-illo:*

cañutillo (I, 11), *ropilla* (I, 12), *coronilla* (1, 12), *soldadillo* (1, 14), *figurilla* (I, 15), *sombrerillo* (II, 16), *curadillo* (II, 19), *camarilla* (IV, 25), *trapillo* (VII, 35), *soguilla* (VII, 41), *costillas* (IX, 44), *mugercillas* (IX, 45), *postiguillo* (X, 45), *colmillo* (X, 48), *cieguecillo* (XI, 57), *cintillo* (XI, 57), *capatillo* (XI, 57), *soplillo* (XIII, 66), *huertecillo* (XV, 66), *pajarillo* (XVI, 84).

El sufijo *-illo,* en la *Segunda parte,* tiene un sentido despectivo, rebajador e injuriante. Casi siempre expresa una familiaridad impertinente contra los individuos o el nombre de las cosas. Así, por ejemplo, hallamos:

«Vn *soldadillo* de los que allí estaban se llegó a mí y me hizo vna mamona» (I, 14);

«A cabo de rato llegamos a vna casa que en el *postiguillo,* patio y *mugercillas* que ally baylaban, conoci ser del partido» (IX, 45);

«Si preguntays a vn mal *trapillo* quien es, responderos ha por lo menos que deciende de los godos» (VII, 35);

---

(1) En este artículo he utilizado la edición de Elmer Richard Sims, *La segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes...,* por H. de Luna (Austin: The University of Texas, 1928), que reproduce con rigor la primera edición de París de 1620.

«Con esta *figurilla* fui a ver a mi amo que me hauia embiado a llamar: el qual espantado de veer aquella madagaña, le dio tal risa que las cinchas traseras se afloxaron e hizo flux» (I, 15);

«Pareciole cosa dificultosa, pero por no desdizirse, y porque el *cieguecillo* le hauia ti(95)rado vna flecha...» (X, 57).

Por lo visto, estos ejemplos de diminutivos en *-illo* son totalmente despectivos. *Soldadillo, mugercillas, trapillo, figurilla* y *cieguecillo* denuncian la hostilidad y odio del hablante hacia los proyectados sujetos que se mueven en la esfera vital de la *Segunda parte* (2).

Esta actitud injuriante del uso del diminutivo con tendencia despectiva no se limita sólo cuando el hablante se refiere a gente de menor estado social. Luna expresa también esta familiaridad impertinente con esta clase de diminutivo pseudodesvalorativo cuando describe los accesorios vestuarios y oficio del pícaro:

«Vno me dezian: No esta malo el *sobrerillo* con puertas falsas; parece tocado de flamenca» (II, 16);

«La *ropilla* es al vso; parece pocilga de puercos» (I, 12);

«Por hazerlo mas secreto me vistio como page con vn vestido de damasco verde, pasamanos de oro; el voemio de terciopelo de la mesma color, aforrado de raso amarillo; vna gorra con garçota y plumas con vn *cintillo* de diamantes, vna *lechuguilla* con puntas y encage, medias pagicas con ligas de gran valumba, *çapatillo* blanco picado, etc.» (XI, 57);

«...a saver, que con ser picaro añadiesse serlo de cocina, de mandil, del rastro o de la *soguilla*» (IX, 44);

«Dixome vn mochiller.—Sor Lazaro, par Dios, que las medias le hazen buena *patorrilla*» (II, 16);

«Puesta la mano en la cabeça de vn muchacho, vn manto de *soplillo* que le cubria hasta los pechos...» (XIII, 66).

Muchas veces los diminutivos despectivos pretenden un rebajamiento del objeto u obstáculo. Los ejemplos son pseudodesvalorati-

(2) Amado Alonso en sus *Estudios lingüísticos* (Madrid, 1951), p. 203, hace constar que el uso del sufijo *-illo* era muy corriente en la época de Juan de Luna como diminutivo rebajador de nombres propios: "Góngora llamó a Lope, Lopillo; Quevedo a Góngora, Gongorilla: "Yo te untaré mis versos con tocino porque no me los roas, Gongorilla...". "Por tu vida, Lopillo, que me borres las diecinueve torres de tu escudo...".

vos, pero en verdad emocionales, ya que la lengua de Luna no se ajusta a lo pensado, sino a lo sentido:

«Fuyme derecho a la roperia donde por quatro reales y vn *quartillo* compre vna capa larga» (XIII, 66);

«...en el patio estaba vna cisterna con fresca agua, de la qual se regaua vn *huertecillo,* mas curioso que grande» (XV, 77);

«¿Qué es esto? Yo le respondí: —Vn *pajarillo* que se saldra si le toca» (XVI, 84).

Caso análogo a los citados es el uso del sufijo *-uelo* que Luna usa con desprecio:

«Esperaua goçar de aquella *polluela,* y asi la noche me parecio vn año» (XVI, 89);

«Perdidos somos; los hermanos de Clara (que este es el nombre de la *doncelluela*) estan en el portal» (XII, 62).

La *moçuela* comenzo a desgreñarse y mesarse, dandose tan grandes bofetadas que parecia endemoniada» (XII, 62).

Otras veces Luna usa la forma más ordinaria del sufijo *-ica* para desvalorar el honor de la mujer, y, al mismo tiempo, denunciar su hostilidad:

«Los pescadores se salieron muy de mañana de Madrid a Toledo, sin sauer lo que Dios ha(38)uia echo de la simple *doncellica* y del devoto clerigo» (V, 29);

«Llegue a vna venta vna legua de Valladolid en cuya puerta vi sentada a la vieja de Madrid, con la *doncellica* de marras» (XII, 60);

«La *doncellica* le dio una sortija que tenia en su dedo, rogandole hiziesse de modo que no viniessemos a su presencia» (XII, 64);

«Al cabo de pocos dias vi a la *doncellica* religiosa en la casa de poco trigo, donde ganaba para sustentar a su respeto y a ella» (XII, 64).

Por último Luna incluye, como signo negativo, el sufijo *-ete:*

«...vi venir un *galancete* pisando de punta, la capa por debaxo el braço, con vn (85) pedaço de guante en vna mano y en la otra vn clabel, braceando que parecia primo hermano del doque del Imfantado» (X, 52);

«Salio un *galancete* a llamarlos para que entrasen a comer» (XII, 60).

Hemos visto los casos más representativos del diminutivo en la *Segunda parte*. El diminutivo es muy usado en la época de Juan de Luna. Sirve para dar relieve a la expresión de ideas o de objetos. Por lo general estos diminutivos no representan un dominante de ternura, amor o complacencia para el objeto o los individuos que se describen, sino una tendencia deteriorativa. Casi siempre estos diminutivos son de índole despectiva. Van acompañados de hostilidad, odio y desprecio.

No hay en la *Segunda parte* sufijos en *ito*, que signifiquen, por lo general, ternura, amor, cortesía y orgullo para el vocablo y el objeto, sino los más ordinarios del habla española: *illo, ica, ete* y *uelo*. Luna los utiliza con clara consciencia de primor ordinario y desvalorativo, alejando del todo esos sufijos efusivos que expresan esos términos de cariño, melodía y cortesía.

Hay, sin embargo, en estos diminutivos pseudodesvalorativos algo que se une al aspecto general del estilo y del lenguaje y hace comprensible una justa interpretación de la novela. Primero, estos diminutivos desvalorativos, que se desprenden intencionadamente en el conjunto de la materia novelística de la *Segunda parte*, concuerdan con el tono general de la obra que es la acrimonía; segundo, los diminutivos representan una pequeña faceta del estilo y del lenguaje de la novela, pero como éstos ponen de manifiesto, ante todo, aquellas piruetas grotescas que sirven para alcanzar lo humorístico y la exagerada comicidad de la narrativa y de los diálogos. En otras palabras, estos diminutivos, junto a los juegos de palabras, refranes, diálogos vivaces y vocabulario de índole diversa, son estímulos grotescos que llevan los personajes que hablan a las cumbres de la comicidad. Las aventuras de Lázaro siguen, pero el lenguaje que le acompaña causa gran impresión por su novedad humorística y juguetona. Pero así como su lenguaje no es directo, sino estilizado, también su humor es grotesco. No hay deseo de mesura en el lenguaje. Por medio de los diminutivos Luna deforma lo real en demanda de lo característico, en estricto sentido, y en esto percibimos aquel paso notable que lleva Lázaro, precisamente Lázaro de Tormes, del Renacimiento hasta el Barroco.

Illinois State Normal University JOSEPH L. LAURENTI